RUBÉN BONIFAZ NUÑO Y EL AMOR A LA PATRIA

Es motivo de gran orgullo para mí pertenecer a una institución que sabe valorar y honrar a sus miembros más distinguidos, así como expresar gratitud a quienes le han dedicado su esfuerzo y su amor. Me es muy grato ser parte de una institución dirigida y poblada por personas dispuestas a tomar la energía y el tiempo que requiere romper con el ritmo cotidiano cuando la ocasión lo amerita. Agradezco a la Dra. Mercedes de la Garza y a la Dra. Edith Negrín que me hayan invitado a celebrar en esta fiesta académica los ochenta años de Rubén Bonifaz Nuño, y los treinta del Instituto que fundó.

Nuestras costumbres dictan que los invitados a una fiesta de cumpleaños lleven un regalo. Creo que la oportunidad que hemos tenido en estos días de revisar distintos aspectos de la obra, la vida y la personalidad del fundador de nuestro instituto nos ha llevado a comprender algo más acerca de su estructura, de su razón de ser, de su orientación, de su impulso decidido a hacer nuestra la cultura universal, universal nuestra cultura autóctona, y a trabajar por nuestro país en nuestra universidad. Y creo también que esa mayor comprensión es un regalo que podemos hacer, entre todos y para todos, para desearle larga vida a nuestro fundador y a nuestra fuente de trabajo.

Quisiera ahondar en el carácter nacionalista que Rubén Bonifaz Nuño le transmitió al Instituto, por así decirlo, en su ADN, si puedo hablar en esos términos científicos que usa él con tanto gusto y naturalidad como sus chalecos y sus leontinas.

Creo que el amor que siente Rubén Bonifaz por México explica la necesidad que sintió él de fundar en nuestra Máxima Casa de Estudios un lugar dedicado a la investigación en el amplio ámbito de la lengua y la cultura, la tenacidad con que luchó por lograr ampliar los muros y los alcances de nuestra universidad, modificando así los contornos de nuestro

paisaje cultural. Y al abrir para los mexicanos mayores opciones de desarrollo en el estudio, en la docencia y en la investigación de las humanidades, hizo también más dilatada nuestra libertad. Y nos dio a nosotros, los trabajadores de este instituto, la posibilidad de contribuir a ese trabajo libertario.

Creo que el amor –el amor al estudio y al trabajo como vías de superación personal y social; el amor a sus semejantes, a la Universidad, a la cultura que el ser humano ha creado en su devenir histórico, en suma, lo que él concibe como el amor a la patria– fue el sentimiento que inspiró la creación del Instituto, y que por eso ahora que celebramos los ochenta y los treinta años de uno y otro se manifiestan reiteradamente las muestras de afecto y respeto hacia nuestro maestro, y de orgullo por el tipo de trabajo que realizamos.

Para entrar en este tema podemos tomar varios caminos. El primero es estudiar el tiempo, el medio en que creció y las experiencias que fueron conformando poco a poco la visión de México de Rubén Bonifaz Nuño. Para identificar su recorrido por el camino del nacionalismo, tendríamos que identificar las influencias de personas –padres, hermanos, maestros, amigos, amores, figuras públicas con quienes convivió– así como de las instituciones que lo albergaron para estudiar o trabajar, y los trabajos académicos y administrativos que emprendió y que lo formaron.

Entre las influencias tenemos que explorar las lecturas que él mismo ha señalado implantaron el germen de su nacionalismo en su infancia y en su juventud temprana.

En diversas ocasiones, tanto en pláticas informales como en entrevistas publicadas en medios de amplia difusión, Rubén Bonifaz Nuño ha hablado de algunas lecturas infantiles y juveniles que lo fortalecieron, que despertaron en la pasión por la aventura de la vida y por las palabras, por las obras pequeñas o monumentales que requieren de grandeza de espíritu de quien las emprende; lecturas, en fin, que encendieron su deseo de ser un hombre cabal. Afirma él que en esas lecturas tiene uno de sus cimientos el amor que siente por su patria.

Tenemos entonces que deducir las lecciones que pudo haber derivado de leer a Gregorio Torres Quintero y a Guillermo Sherwell, autores de textos escolares que recuerda con especial cariño, y detectar pasajes especialmente formativos de Salgari, Dumas, Ridder Haggard, D'Amicis y Homero, autores cuyos personajes encarnan principios humanistas y en

sus aventuras demuestran saber lo que es el honor, la libertad, el amor, la amistad solidaria y la patria.

Todos los que estamos aquí compartimos la fe en el poder transformador de la lectura –principalmente, pero no únicamente– de aquellas libros que llegan en los primeros años del desarrollo intelectual y moral de las personas. No es excepción el tema que nos ocupa. Así, por ejemplo, Alfonso Reyes aseguraba, con la autoridad de su sapiencia y sus años, que la lectura de Virgilio es fermento para la noción de patria, y que dotar a los niños con este autor es alimentarlos con médula de león.

Otro camino útil para comprender el nacionalismo del fundador de nuestro instituto es buscar en los estudios que ha hecho de autores y culturas la noción de patria que encuentra en ellos, así como la que él mismo expone o deja traslucir. En efecto, gran parte de los textos académicos de Rubén Bonifaz Nuño tratan el tema de la patria de manera central o latente. Hilo conductor y razón de ser de la *Eneida*, la patria surge y resurge y explica también los textos de César, de Lucano, de Cicerón, de Homero, y es, desde luego, trasfondo importante de todos los autores que estudia y del sentido que tienen hoy sus obras para nosotros.

De entre los ensayos del maestro Bonifaz Nuño, los que ha publicado como parte del Seminario de Estudios para la Descolonización de México son de importancia capital para esta indagación pues muestran no sólo un concepto combativo, una postura crítica, sino también un plan de acción, un método para amar a la patria.

En una serie de experiencias de su vida personal y del país que confluyen en el descubrimiento de las ruinas del Templo Mayor y en la consiguiente necesidad de indagar en las disposiciones arquitectónicas y las imágenes de dioses, de hombres y de animales que en este conjunto de monumentos y todas las grandes ciudades de nuestra antigüedad se encuentran, Rubén Bonifaz columbró la idea que de sí mismos debieron tener los constructores de Palenque, Teotihuacán, Monte Albán, la Venta y Tenochtitlán.

Y encuentra y demuestra que necesariamente fue una concepción altísima, profundamente optimista y fundamentada en las potencias creadoras y de servicio del ser humano.

Los monumentos le exigen definir y afinar un método interpretativo, y pasar revista exhaustiva a los estudios sobre nuestra cultura antigua.

Encuentra, desde su origen colonial, prejuicios, malos entendidos y afanes colonizadores. Y la menguada concepción de nosotros que arrojan

esos estudios que deforman y opacan la verdad lo ofenden como investigador y como mexicano.

Comprende él así la necesidad de poner en duda radical todo lo que se ha escrito sobre nuestras culturas antiguas. Y en un segundo impulso amoroso crea una nueva institución en nuestra Universidad, un seminario donde se propone alcanzar verdades sobre lo que fuimos, lo que somos y lo que podemos y debemos ser los mexicanos.

Gran parte de la obra de Rubén Bonifaz es poética. Tenemos en sus versos también indicios de su idea de patria y de nuestros deberes con ella. Desde *Imágenes*, libro publicado hace cincuenta años como el número ocho de la colección Letras mexicanas, inaugurada con poemas de Alfonso Reyes, y dedicado a Agustín Yáñez, hasta *Calacas*, con sus referencias a Benito Juárez y a la batalla del 5 de mayo, podemos encontrar algunos datos que nos ayudan a comprender las ideas políticas del poeta.

Desde luego, su actuación como universitario, y los testimonios que sobre la misma han dado en artículos y entrevistas él y otros que han convivido con él, son materia prima imprescindible para esta indagación.

Un estudio serio del tema de la concepción que tiene nuestro autor sobre la patria y el amor que le es debido tendría que incluir cada uno de estos testimonios.

Para empezar mi indagación sobre el tema, e invitar a ustedes a considerarlo, quiero basarme en un texto singular que condensa, de manera admirable, el pensamiento humanista y patriótico de nuestro autor.

En 1999 Rubén Bonifaz Nuño escribió un libro en apariencia muy distinto a todos los otros suyos. Para empezar, se trata de un libro de cuentos, género que hasta entonces no había explorado. Además, está escrito para niños en edad de asistir a la escuela primaria. El libro tiene, en cada página, ilustraciones de colores. Lo publica no el Fondo de Cultura, ni la Universidad, ni el Colegio Nacional, sino la Secretaría de Educación Pública.

El título de este libro es *Cuentos de los abuelos*, y es clave para el tema que deseo exponer porque en él reúne veinte textos dirigidos a los niños con el propósito de fortalecer su nacionalismo.

Cada uno de los dichos textos está basado en fuentes del siglo XVI cuyo tema son los usos, las creencias y las costumbres de los antiguos mexicanos. El autor escoge pasajes que juzga de valor y originalidad indudables, empezando por esas líneas de la *Histoyre du Mechique* donde se narra cómo los dioses deciden crear el mundo movidos por la presencia de un

ser humano, texto que ha sido la base del método iconográfico del que se sirve para llevar a cabo estudios sobre nuestra cultura antigua.

La estructura de cada uno de los cuentos viene de la literatura didáctica y moralizante en la que el autor narra una serie de sucesos y luego saca conclusiones de corte ético o cívico.

En *Cuentos de los abuelos* Rubén Bonifaz Nuño transmite a los niños su idea de los valores centrales de nuestra cultura de raigambre antigua. A estos valores los llama *verdades,* y a cada una le dedica un cuento.

Quien escribe para exponer ideas y persuadir tiene el compromiso de buscar cuidadosamente las palabras para explicar las razones que su lector pueda comprender. Quien escribe para niños tiene que esforzarse por ser claro y por expresar, en pocas palabras, ideas complejas.

Por lo visto, Rubén Bonifaz Nuño piensa que a los niños, siguiendo el modelo de Torres Quintero y Sherwell, se les puede explicar asuntos complejos de manera sencilla y atractiva. Y por ello emprende la tarea de hablar de valores con los niños en un texto que se publicó en un millón de ejemplares en su primera edición.

La noción de la patria se encuentra, en *Cuentos de los abuelos*, expuesta de manera directa en los textos "En busca de la historia", donde se relata, siguiendo una narración encontrada en la *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, de Diego Durán, cómo Moctezuma el viejo mandó buscar Aztlán; también en el cuento "Fundación de la ciudad y la patria", basado en el *Códice Boturini* y en la *Monarquía Indiana,* así como en otros dos que llevan el mismo nombre, "México es de todos los mexicanos".

Para comunicar a ustedes la noción de amor a la patria de Rubén Bonifaz que se encuentra en este libro clave, daré lectura a las conclusiones de algunos de sus cuentos, los que explican a los niños el concepto de mexicanidad.

En el primer "México es de todos los mexicanos", el autor concluye, después de hacer radicar la mexicanidad ya sea en el nacimiento o en la voluntad de radicar en México de los antepasados de los niños que leen o escuchan el cuento:

> Así todos los niños y las niñas de México, morenos o no, viene a ser hermanos, porque todos comparten igualmente un pasado glorioso y la seguridad de una patria presente que ellos, con su vida y su trabajo, harán todavía mejor en el porvenir.

En el segundo cuento del mismo nombre, se narra que en el principio de nuestra patria de hoy hubo una guerra donde los mexicanos fuimos vencidos por gente que vino del otro lado del mar, y que de la guerra destructora sabía mas que nosotros. Esta gente comenzó, tras su victoria, a explotar nuestras cosas y nuestro trabajo, lo que nos hacía convivir con ellos como enemigos. Y después de hablar de la unión que creó la convivencia, concluye:

> De esta suerte, en el tiempo de la formación de nuestra patria de hoy, todos fuimos aprendiendo y haciendo nuestros diferentes valores: la resistencia, al comienzo; enseguida, la tolerancia; a continuación, la mutua comprensión entre todos, la unión de sangre y de familia, el amor de hermanos, la alegría de las luchas en común, efectuadas para conseguir el bien de todos, la dignidad basada en la libertad, que son otros de nuestros valores que todavía hoy nos empeñamos en conservar y hacer crecer.

El cuento "En busca de la historia" quiere comunicar a los niños la necesidad que tienen de conocer su historia, porque en ese conocimiento se encuentra motivo de orgullo, alegría y reverencia para quienes los han ayudado a ser quienes son. Y concluye:

> Ustedes, los niños y las niñas de ahora, deben también conocer su historia, y saber que en el pasado de nuestro pueblo están vivos y jóvenes, porque para ellos el tiempo ya no corre, los héroes a quienes debemos la patria que hoy nos da gloria y protección. Que allí, guardándonos siempre, están entre muchos otros, el rey indio Cuauhtémoc y el señor Benito Juárez y el guardián de nuestra tierra Emiliano Zapata.

La "Fundación de la ciudad y la patria" es un tema que nuestro autor ha estudiado entre los griegos y los latinos, así como entre los antiguos pueblos mexicanos, para entender la vocación del hombre. En el cuento que trata este tema narra la peregrinación de los aztecas y concluye:

> Este cuento les era contado a los niños de entonces para que aprendieran a amar su ciudad y se sintieran orgullosos de ella, y amaran también a la patria que de allí habría de nacer.
>
> Como esa patria es también la de ustedes, ustedes deben sentir ese mismo amor y ese orgullo.

En los cuentos que restan se encuentran ilustrados, explicados y fundados en la tradición mexicana valores fundamentales para la labor de nuestro instituto. Basándose en textos que narran la vida y las obras de Quetzalcoatl, y en otros de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* y del *Popol Vuh*, principalmente, reflexiona con los niños sobre el lugar del hombre en el universo, sobre el nacimiento y el significado de la cultura, sobre el lenguaje, sobre el estudio, sobre la verdad y el engaño, sobre la justicia, sobre el trabajo, sobre la unión del pueblo y sobre los buenos y los males gobernantes, sobre la libertad, sobre la relación del hombre con la naturaleza, incluso sobre la sexualidad y las drogas.

No puedo leer aquí todos estos cuentos, ni siquiera sus conclusiones, pero los invito a hacerlo. Sin embargo, sí quiero dar lectura al texto en donde, a modo de conclusión, bajo el título de "Las verdades y el amor a la patria", el autor nos dice finalmente cómo todos los valores que ha explorado están ligados en su noción de amor a la patria:

> En estos cuentos ustedes, niñas y niños de México, podrán haber aprendido algunas verdades que nuestros antepasados les enseñaban a sus niños y niñas.
>
> Así, habrán aprendido que vale más ser bueno y valiente que grande y rico; que el trabajo es uno de los mayores bienes de que puede disfrutar el ser humano; que tanto lo útil como lo bello dan origen a la felicidad. Pero sobre todo habrán podido aprender la importancia del amor.
>
> Porque, si se fijan bien, el amor es el fondo de todas esas verdades. Amor hacia la naturaleza, su cielo y su tierra, sus ríos y lagos y mares; amor no sólo a los animales y las plantas, sino también a las cosas que facilitan y hacen posible la vida; amor al estudio, que los hará ser siempre más capaces de ser buenos; amor a la escuela, donde podrán estudiar y crecer; amor a sus compañeros y compañeras, con quienes comparten el tiempo de la infancia; amor a sus maestros, amor a su familia que los ayuda a educarse y a ser cuidados y felices en su compañía, amor a la propia historia.
>
> Podrán, por último, haber aprendido algo acerca del amor que se debe a la patria, porque en ella están comprendidos historia, familia, escuela, maestros, compañeros, objetos útiles, naturaleza.
>
> Ese amor los debe llevar a esforzarse por saber siempre más, ser siempre más buenos y trabajadores, porque sólo con su esfuerzo y su trabajo la patria llegará a ser cada vez mejor, más libre, más generosa y más justa.

Quiero agradecer a Rubén Bonifaz Nuño la oportunidad de trabajar en una institución nacionalista. Y quiero hacerme eco del espíritu com-

bativo y patriótico que da vida al texto que más recientemente nos ha entregado, *Calacas*, proclamando:

> ¡Viva Rubén Bonifaz Nuño!
> ¡Vivan los héroes que nos dieron patria cultural!
> ¡Viva el Instituto de Investigaciones Filológicas!
> ¡Viva México!

Lilian Álvarez Arellano